

IN MEMORIAM

MANUEL FERNÁNDEZ MAGÁN (Guadix, 1954 - Granada, 2024)

Manuel Fernández Magán nació el 11 de abril de 1954 en Guadix (Granada). Su pasión por el arte y la historia lo llevaron a estudiar en el Instituto Central de Restauración y Conservación de Obras y Objetos de Arte, Arqueología y Etnología (I.C.C.R.) en Madrid. Ya titulado comenzó su carrera profesional en 1980 en el Museo Arqueológico Provincial de Granada, puesto que ocuparía hasta 1984.

A partir de 1985, Manolo inició una nueva etapa profesional al entrar como profesor de Restauración del Libro en la Escuela de Artes y Oficios de Granada. Durante los siguientes 30 años, además de impartir clases en dicha Escuela compartió

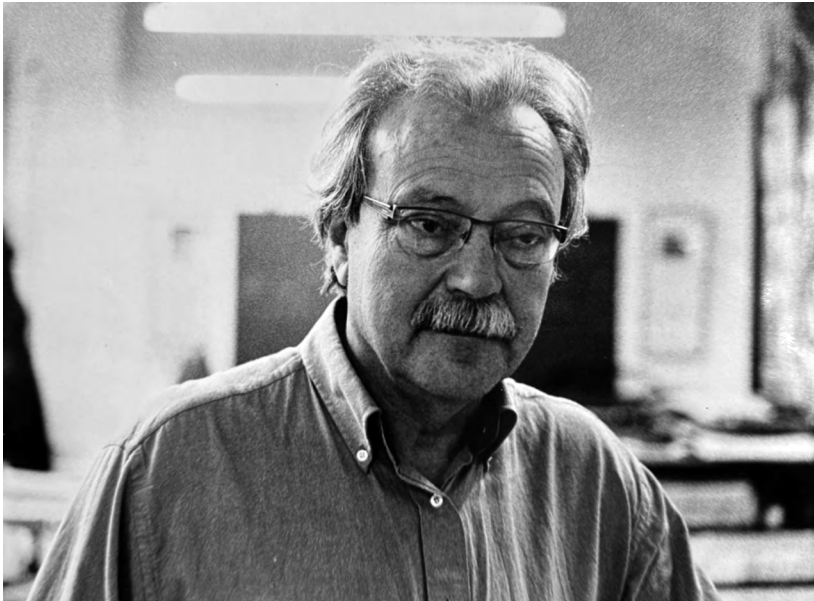


Fig. 1.—Manuel Fernández Magán.



Fig. 2.—Manuel Fernández Magán en su taller.

su vasta experiencia profesional colaborando estrechamente con el Departamento de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Granada, del que fue profesor invitado en el máster de Arqueología desde sus inicios hasta su jubilación. Su dedicación y compromiso en la transmisión de sus conocimientos dejaron una huella imborrable en sus alumnos.

A lo largo de su carrera, Manolo estuvo involucrado en varios trabajos de restauración que tuvieron una gran repercusión mediática como fue el caso de un fósil de “Mammuthus Burnett” hallado durante las excavaciones paleontológicas del Padul (Granada) o el de la conocida como “Momia de Galera”, en el yacimiento arqueológico del Castellón Alto. Entre las restauraciones destaca igualmente la realizada al Togado de Periate (Piñar, Granada), escultura de bronce romana, o la restauración y consolidación de gran parte de la histórica muralla árabe de Granada.

Estos son aspectos biográficos de un profesional de la restauración, pero los recuerdos que tengo de Manolo como amigo se me acumulan cuando escribo estas líneas y son estos los que quiero expresar.

Me vienen imágenes suyas allá por los años 80 trabajando en el pequeño laboratorio que con escaso presupuesto montó en el Museo Arqueológico de Granada, o tomando café con D^a Ángela Mendoza, directora de dicho Museo, junto a la cafetera que, de forma improvisada, se instaló en ese laboratorio. Justo fue en esta etapa cuando lo conocí, haciendo mis prácticas en el museo.

Su esmero y motivación ante cualquier objeto para restaurar, ya fuese un mosaico romano, un ídolo prehistórico fragmentado en mil pedazos o la peineta de la esposa de un subdirector general de Arqueología.

Encomiable su entusiasmo por mantenerse al día en todo lo relacionado con su profesión o en emprender nuevos proyectos que favoreciesen el centro del que formaría parte años más tarde hasta su jubilación, la Escuela de Artes y Oficios de Granada.

Le gustaba ir a menudo a Madrid porque siempre había determinadas exposiciones que ver y ferias de arte que visitar. Todo ello para estar a la vanguardia de lo que se cocía en el mundo artístico sin descartar el interés por alguna expresividad y creatividad en especial. Si era buena y le transmitía sentimiento la incorporaba a su lista.

Su dedicación docente, siempre cercano al alumnado, ya fuese en clase o tomando un café.

Su disposición a colaborar con el Departamento de Prehistoria y Arqueología de la UGR ya fuese en el campo durante una campaña de excavación como en el laboratorio, restaurando los materiales de cualquiera de los yacimientos investigados. Y siempre solícito: nunca tenía problemas en aceptarlos; nunca le parecían demasiados en número como nunca le parecían complicados.

Recuerdo especialmente los momentos junto a él frente a la “momia de Galera” en el lugar de su aparición, a las tantas de la madrugada; así como aquellos pequeños descansos saboreando los hojaldres de Guarromán que alguien del equipo se molestó en subir hasta el cerro, riendo de cualquier ocurrencia al tiempo que se retiraba del bigote los restos de merengue. Bastante años más tarde, en el año 2025, volvimos a coincidir realizando esta vez la reproducción integral de esa misma sepultura para la exposición “Momias. Testigos del Pasado”, patrocinada por el Parque de las Ciencias de Granada.

Nadie pensaría que una persona nerviosa como era Manolo pudiese ser tan paciente como también lo era. En ciertos círculos escuchaba, pero no opinaba si creía que no era necesario hacerlo. En cambio, le gustaba conversar con quienes sabía que sería escuchado.

A nivel personal, recuerdo su voz de presentador de radio, el *fumo porque hoy tengo cigarros, si no, qué más da...*, o sus mismos despistes, que le hacían dar vueltas y vueltas por no acordarse de dónde había dejado las gafas o el bisturí o sabe dios qué...

Su tendencia por tontear con los dedos cualquier cosa, un pequeño envoltorio de caramelo quizás, coordinado con un sutil balanceo mientras conversaba.

Su entusiasmo por las clases de baile de salón y sobre todo por bailar el tango para lo que, orgulloso, se había comprado unos zapatos a propósito.

Su entrega en el cuidado de su madre junto a sus hermanos Rafa y Antonio.

Su sonrisa emocionada mostrando una foto de su nieto

O la alegría con que me dijo que ya tenía preparado el viaje para ir a Argentina a ver a su hijo Rafa durante su formación académica allí.

No son horas, no son minutos, ni tan siquiera segundos, es toda una vida la que puedo llenar de recuerdos con Manolo

Auxilio Moreno Onorato
Departamento de Prehistoria
Universidad de Granada

